

PEÑA Y GOÑI

El notable trabajo leído por el Sr. Jimeno de Lerma en la Real Academia de San Fernando, en la sesión dedicada por aquella Corporación ilustre á honrar la memoria del que fué distinguidísimo individuo de la misma, Sr. Peña y Goñi, dice así:

«Poco más de un cuarto de siglo nos separa del tiempo en que empezó á figurar el nombre de un joven, de todos desconocido, y que se presentaba, desde las columnas de *El Imparcial*, esgrimiendo las armas delicadas de la crítica, en el terreno del arte de los sonidos. Este joven alcanzó en breve popularidad y justa fama: era Peña y Goñi. Su estilo ameno y fácil; su punto de vista, casi siempre seguro y acertado, la intrepidez y aun novedad de las ideas que en sus escritos sustentaba, le dieron derecho á ello, y no fué necesario que transcurriesen largos días desde aquella época, para que un eminente literato de nuestra patria y grande aficionado musical, el Sr. D. José Castro y Serrano, le titulara el primero de los críticos del arte; título que nadie, en verdad, le ha disputado después, y que ha sabido conservar enhiesto en un país en que todo se gasta, y en donde, dicho sea de paso, tan pocos se consagran á una materia que, si aparece difícil y espinosa, no por ello deja de ser importantísima é indispensable para la vida y progreso del elemento artístico.

La rápida y envidiable reputación que Peña alcanzó con sus trabajos críticos y su especial manera de ser, excesivo en todo, según sus propias palabras, le prestaron alientos para expresarse duro y recio, y repartir palmetazos allí donde los juzgaba pertinentes, hiriendo susceptibilidades que llegaron á crearle una atmósfera injusta de temperamento intransigente y obstinado, del que yo, mejor que nadie, puede protestar, recordando que en la única y ya remota ocasión en que tuve motivo para discutir con él públicamente, logré la honrosa satisfac-

ción de que terminase la contienda dándome la razón en todo y por todo, y sin otra causa que su amor á la verdad y la justicia, puesto que entonces no me unían al inolvidable crítico los lazos de verdadera amistad con que me distinguió más tarde, desde su ingreso en esta Academia de Bellas Artes.

Esto no obstante, inficionado yo mismo por aquella atmósfera, á pesar de la prueba en contrario recibida tan directamente, recabé de los insignes maestros Arrieta y Barbieri, de imperecedera memoria, que solicitaron mi humilde cooperación para presentar á Peña como candidato á una vacante de nuestra colectividad, el derecho de obsequiar al candidato, si triunfaba su candidatura, con un *sombrero de plomo*, para asistir á las sesiones académicas; obsequio de que se ocupó más tarde el interesado varias veces conmigo, benévolo y sonriente, probándome hasta la saciedad, con sus procedimientos académicos, que, si por deferencia lo aceptó, nunca la necesidad le obligó á usarlo, y eso que, aunque infortunadamente fué corto el tiempo que ocupó el sillón académico (poco más de cuatro años), tomó parte activa en los trabajos de la Corporación y en discusiones acaloradísimas, conteniendo, sin desdoro de su sólida reputación, con los más conspicuos individuos de esta colectividad, y hasta con su dignísimo director, Sr. Madrazo, uno de los más hábiles filólogos de nuestros días, y cuyo dominio del habla castellana es de todos conocido y admirado.

Y esto obedece, en mi humilde sentir, á que el compañero querido que acabamos de perder, era más notable aún, si se le consideraba como orador polemista, correcto y esforzado, que se crecía en el calor de la lucha y la improvisación, que como ingeniosísimo escritor del periodismo contemporáneo. Por ello y por su ardimiento en el ataque y su serenidad en la respuesta, juzgué equivocada su vocación, que debió llevarle para su mayor encumbramiento al campo latente de la política; á lo que me contestó siempre con uno de aquellos *desplantes* que él titulaba así y que ponían de relieve su personalidad; *no habría suficiente espacio de aquí á Constantinopla, para escribir todo el odio que tengo á la política*; juicio harto fundamentado algunas veces, por la desequilibrada política, y que creo sumaba simpatías á la figura de Peña y Goñi, como se las multiplicaba, ante todo carácter independiente, su tendencia natural á fustigar al poderoso, en caso necesario, mejor que halagar al omnipotente; aun cuando para ello diera ocasión.

Los datos biográficos de nuestro inolvidable compañero y la rese-

ña de sus trabajos, incluso los dedicados á la tauromaquia, chispeantes por extremo, toda la Prensa madrileña los ha detallado, con el triste motivo de su fallecimiento, y muy especialmente los periódicos *La Epoca* y *El Liberal*, á cuyas redacciones pertenecía en la actualidad el finado; juzgo, pues, redundancia impertinente ocuparme de ellos, pero no así el señalar la importancia capital de la labor artística del renombrado crítico, que, en pró de la brevedad, encerrare en los dos puntos más salientes y trascendentales de su trabajo: la propaganda incansable y fructífera en favor de las nuevas tendencias de la composición musical, cuyo apóstol, Ricardo Wagner, fué el ídolo de nuestro distinguido compañero, y la producción de la obra histórica titulada *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*; producción que más justificadamente le encaminó á figurar en los anales de esta Academia como copartícipe de nuestras tareas.

Con mayor intuición, sin duda, que la mayoría de nuestros músicos, pues no es posible afirmar juiciosamente que fuera con mayor suma de conocimientos técnicos del arte, supo apreciar el insigne bascongado todo lo que encerraba de trascendental la vía de progreso por donde marchaban las ideas revolucionarias del arte músico, y al erigirse en su infatigable propagador prestó esclarecido servicio, que nunca le agradeceremos los músicos de nuestra patria en la medida que responda á su importancia; de igual modo que será siempre motivo de inmensa gratitud para éstos la existencia de la obra histórica mencionada, y de la cual se han dicho dentro del recinto de esta misma Academia y por dos egregios compositores las siguientes palabras:

«La obra del Sr. Peña y Goñi tiene importancia capital para la historia del arte lírico español, puesto que une á la abundancia de datos y fiel relación de hechos, críticas brillantísimas, en las cuales desciella una mira patriótica digna de los mayores elogios.»

Así se expresaba el insigne maestro Arrieta en el año 1886, al evaluar el informe referente á dicho trabajo, que nuestra colectividad le había encomendado redactar; y seis años más tarde nos decía el inolvidable Barbieri en su contestación al discurso de ingreso del popular escritor de esta Corporación:

«Aunque el Sr. Peña y Goñi no hubiera escrito sino este libro, tendría mérito sobrado para alcanzar la honra de ingresar en esta Academia, y aun en la de la Historia, puesto que el tal libro es una verdadera historia crítica de nuestro teatro lírico, lleno de datos de la

mayor exactitud é importancia, presentados con buen método, sana crítica y estilo ameno.»

Pero, á pesar de tan grandes y merecidos elogios, lo que no hicieron aquellos eminentes maestros, lo que no ha hecho la Prensa madrileña, lo que con mayores motivos no me atrevería yo á intentar siquiera, es trazar un retrato del compañero nuestro, que así pinte la fisonomía física como la moral del retratado; y sin embargo existe, y de tan perfecto parecido, que está hecho, como vulgarmente se dice, de mano maestra y merece exhibirse con la sentencia filosófica por firma: *nosce te ipsum*. ¿Quién lo pintó? El mismo Peña y Goñi. He aquí algunos de sus perfiles:

«Se hace indispensable—decia éste—que los lectores de *La Ilustración Musical* tengan de mí una idea exacta; que saboreen la naturalidad de mi rostro, la viveza conejil de mi mirada, la tenue sonrisa de mis labios, la característica expresión, en suma, que necesariamente debe revelar mi *vera effigie*.

»Es preciso que ella diga lo que soy en lo moral y en lo físico, lo que puedo, hago y valgo, lo que declaro sin rubor y lo que oculto *sournoisement* en los más recónditos pliegues de mi espíritu y de mi alma, mi yo y mi no yo, mi persona y mi entidad.

»Es necesario que mi retrato destile vida y derrame pasión; que palpite, que ande, que corra, que se perciba el movimiento de una sangre medio anémica y las atropelladas carreras de unos nervios desquiciados.

»Hace falta que mi fotografía adquiera tal relieve, que todos me conozcan, ó me adivinen y puedan exclamar asombrados:

—¡Es él! ¡Es él! tal como lo ha hecho Dios, ó nos lo habíamos figurado nosotros; con sus buenas cualidades y sus defectos, con sus apasionamientos consuetudinarios, con sus arrebatos de todos los días, excesivo en todo, así en el elogio como en la censura, exagerado en el sentir, exagerado en la expresión, hecho de acciones y reacciones súbitas, cuerda demasiado tendida, cuerda demasiado vibrante, que grita como un energúmeno lo mismo cuando pisa un insecto que cuando admira á un león.»

Y más adelante escribe: «Yo vivo en mi casa, en la hermosa soledad del hogar, rodeado de los míos, estudiando el arte, buscando la verdad, en un silencio, en una penumbra, que son mi consuelo y mi encanto.

Soy un enfermo y un solitario. ¿Qué le importa al público saber dónde ni cuándo he nacido, ni si he roto un plato en mi vida, ó me entretengo diariamente en romper la vajilla de mi casa?»

Después de tan hermosas frases, ¿qué podré yo agregar?

Que el arte músico español ha perdido prematuramente una figura que se destacará por mucho tiempo en el marco de su gloriosa historia: que la Academia de Bellas Artes de San Fernando se ve privada por ello, de un compañero querido, tan útil como ilustrado, y en su consecuencia, de muy difícil sustitución; y que yo he visto alejarse para siempre por el camino de la eternidad á un amigo cariñoso, cuyo reemplazo, á las alturas de mis años, no pretendo siquiera idear.

ILDEFONSO JIMENO DE LERMA.

Secretario de la Sección de Música
en la Real Academia de San Fernando

Noticias bibliográficas y literarias

Hemos recibido un folleto en bascuence, titulado *Eguntegi Bizkaitarra*, que traducido al bascuence quiere decir «Calendario Bizcaino», escrito por un hijo del Señorío para el año próximo de 1897.

Agradecemos el ejemplar que se nos ha enviado.

* * *

Agradecemos igualmente los tomos IV y V de la *Biblioteca Bascongada* que publica nuestro querido amigo y colaborador D. Fermín Herrán.

Contiene el tomo IV la parte primera de la *Euskariana*, titulada «Historia á través de la Leyenda», por el eminente bascófilo D. Arturo Campión; y el V se compone de *Cosas de antaño*, capítulos históricos por D. Juan Ernesto Delmas, tomo primero, y la biografía de este inolvidable amigo nuestro, magistralmente escrita por el Sr. Herrán.

* * *